

# LA CLASE OBRERA ARGENTINA: UNA BÚSQUEDA CONSTANTE PARA SU EMANCIPACIÓN



Partido Revolucionario de los Trabajadores

[www.prtarg.com.ar](http://www.prtarg.com.ar)

## **LA CLASE OBRERA ARGENTINA: UNA BÚSQUEDA CONSTANTE PARA SU EMANCIPACIÓN (Primera parte)**

*(Publicado por primera vez en la revista La Comuna, en Febrero 2012)*

Hoy, cuando un trabajador o un grupo de trabajadores con aspiraciones e inquietudes de organizarse en una fábrica para salir a luchar por sus derechos y contra las injusticias que se cometen contra la clase obrera, uno de los primeros interrogantes que le surge es no tener y sentir el respaldo de un amplio movimiento obrero, donde pueda sentirse identificado como clase, apoyado, y percibir que la lucha de su fábrica no es algo aislado y en solitario.

Este problema va más allá que la bronca, y la toma de conciencia se está presentando en nuestros días como un fenómeno generalizado. Pero la escasa intercomunicación e información, y ausencia de herramientas que unifiquen las luchas, sumado a que los sindicatos son verdaderas empresas al servicio de los monopolios que se autoproclaman “por el aval de la legalidad burguesa” en la organización de los trabajadores, si bien no trae a esta altura confusión, pero sí no deja de ser un escollo más que pone la burguesía.

A raíz de todo esto surge el cómo hacemos, y así, desde la experiencia práctica, han surgido innumerables conflictos cuyas características fundamentales han sido la autoconvocatoria y, como expresión máxima de superestructura en algunos casos, las comisiones internas, cuerpos de delegados de base, o compañeros altamente referenciados dentro de la autoconvocatoria. Pero, en todos los casos la asamblea y la democracia directa terminaron constituyéndose como el hecho más sagrado y, en última instancia, con real poder de decisión.

Estas prácticas después de un largo período de ensayos comienzan a ser la constante, y estas metodologías las más generalizadas, con un elemento esencial que la caracteriza por su expresión de ruptura con la burguesía y sus instituciones, y la búsqueda de un cambio de fondo, ha comenzado a materializar el nuevo movimiento obrero revolucionario que se está gestando.

### **Primeras experiencias de organización de la clase obrera**

El origen histórico de las organizaciones obreras en Argentina va a venir de la mano de la conformación misma de la clase obrera, con una influencia ideológica muy fuerte de las expresiones y experiencias de la clase obrera europea, pues la mayoría de los obreros de oficio eran inmigrantes europeos, algunos de ellos expulsados de sus países por ser anarquistas o socialistas. Más allá de ello, la organización colectiva de la clase obrera es inherente a su práctica social, de ahí que los primeros gremios iban a tener un carácter netamente solidario. Se llamaban gremios de ayuda mutua (recaudación de dinero para atención médica, o funerales, asistencia en caso de incendio de domicilio, etc.). El primer gremio se va a fundar en 1857, la Sociedad Tipográfica Bonaerense.

La influencia de los anarquistas y la experiencia vivida de la superexplotación va a llevar a que 21 años después, 1878, se lleve adelante la primera huelga importante, luego de cientos de escaramuzas, y el surgimiento de nuevos gremios con un carácter diferente, ya definidos a sí mismos como gremios con fines de lucha. Se organizaron por oficios y llevaron adelante extraordinarias luchas como la conquista de las 8 horas, mejores condiciones laborales y aumentos salariales.

Estos gremios van a crecer en influencia sobre toda la clase obrera, pero la ideología del proletariado aún era incipiente.

El anarquismo tenía una posición firme asentada en la acción directa, y de ninguna manera aceptaba subordinarse a la institucionalidad burguesa. A pesar de ello no estaba planteada la idea de una revolución de nuevo tipo, más específicamente una revolución proletaria. Por otro lado, las ideas de los socialistas no compartían esa visión, estaban en contra de la acción directa y creían que a través del parlamentarismo burgués podían conseguir leyes que favorezcan a los obreros. La desunión no tardó en llegar. Los gremios comenzaron a dividirse.

Sumado a esto no va a tardar en aparecer otra corriente denominada sindicalismo revolucionario (que más tarde se denominarán sindicalismo a secas), que no aceptaba ninguna influencia ideológica ni política de ningún partido o corriente filosófica. En su origen esta corriente, impulsada por ex anarquistas, también se planteaban la negativa a toda institucionalidad dentro de las leyes del Estado. Pero más tarde, luego de la Semana Trágica, se van a sentar a negociar con el gobierno de Yrigoyen.

Con la Revolución Rusa y el surgimiento del Partido Comunista Argentino, éste, si bien no va a lograr la dirección de los gremios, va a comenzar a tener gran influencia en ellos, dándole un tinte más político a los sindicatos; va a poner sobre el tapete el problema del imperialismo inglés y el semi-colonialismo (dueños en su totalidad de los frigoríficos, ferrocarriles).

Más allá de la caracterización política, correcta o no de la teoría de que Argentina era una semi colonia inglesa, sumado a la gran incorporación de gente del campo a los frigoríficos, la clase obrera argentina va a comenzar a verse como una clase en el contexto político nacional, hecho que no había sucedido hasta entonces. Ya el problema no era sólo el patrón, sino los sectores dominantes en el país. Comenzaba a insinuarse seriamente que la cuestión era clase contra clase en el terreno político.

El período que va de 1929 a 1935 se caracterizó por un estancamiento en las luchas obreras, pero a partir de 1935, con su pico máximo en 1942, el auge y profundización de la movilización y las luchas de todo tipo, tiene su pico más alto. Esta situación está producida por un aumento sostenido de la ocupación, en el contexto de la industrialización por sustitución de importaciones, surgida con la crisis del '30 y profundizada por la Segunda Guerra, pero con un estancamiento salarial y pésimas condiciones laborales.

La conducta aristocrática, rancia y parasitaria de la oligarquía terrateniente, y la superexplotación contrapuesta a toda la experiencia que venía acumulando el proletariado, había tensado al máximo la lucha de clases, con un ingrediente que más tarde va a ser determinante: no estaba, por parte de los comunistas en su esencia, la lucha por la toma del poder político en Argentina.

Va a surgir un elemento que va a producir un cambio trascendental: estalla la Segunda Guerra Mundial, los comunistas ante la agresión a la Unión Soviética supeditan sus políticas al apoyo incondicional a los Aliados.

Si hay algo que caracteriza la esencia de las guerras en el capitalismo es el negocio, la ganancia. En Argentina los frigoríficos estaban en manos de los ingleses, los alimentos para la guerra eran el gran negocio, la superexplotación se incrementa, y el hambre también. Las masas obreras estallan. El anarquismo ya había perdido todo peso. Las súper estructuras gremiales, muchas en manos de los llamados sindicalistas y socialistas que ya estaban atados, en gran parte, a las instituciones, con un pensamiento reformista y economicista; y otros, con mucho peso y prestigio en las masas obreras, los comunistas, que habían definido

a los ingleses como los dueños del país, en el afán de no boicotear a la URSS que estaba siendo asediada, se ponen en contra de los intereses de los obreros apoyando a la producción de carnes dejando desarmados a los trabajadores de una organización, y más aún sin una política, sin una estrategia. Pero la lucha de clases es implacable y la experiencia de la clase obrera en esos años sólo le pertenecía a la clase obrera.

### **El auge de masas ya nada lo podía detener. Las masas iban por sus conquistas**

En el sector de calderas, y con un petitorio de una serie de reclamos, en el Frigorífico Anglo, surge la gran huelga de la carne. Por fuera de las instituciones, en ese frigorífico se nombran delegados clandestinos sector por sector. No estaban elegidos democráticamente, pero la función que cumplían era hacer conocer el petitorio, hacerlo firmar, comunicarles a los compañeros del sector día y hora de reunión. Así y en pocos días estalló la huelga, y buscaron unirse con compañeros de otros frigoríficos, la huelga se generalizó y extendió. En las asambleas y movilizaciones no sólo participaban los obreros, también sus mujeres, hijos, abuelos, madres, etc. Las asambleas eran en plazas o descampados.

Ahora bien, esta huelga que surge bien desde abajo, se da en un contexto en donde en Europa no se producía. Argentina no sólo era el granero del mundo, sino que las perspectivas inmediatas de la producción y demanda nacional y mundial eran inmensas. Por ejemplo, hasta la crisis del '30, en nuestro país la mayoría de los productos manufacturados eran importados de Europa y Estados Unidos. Con la Segunda Guerra Mundial esta situación se va a agravar; por lo tanto, la necesidad de producir lo que antes se importaba, y con ello el aumento en la demanda de mano de obra para la Argentina era total.

Un sector de la burguesía, proveniente de la misma oligarquía terrateniente, percibe la dimensión del cambio mundial y la necesidad de reconvertirse a la actividad industrial para fabricar en el país buena parte de los productos manufacturados que antes se importaban. Otras necesidades capitalistas se vislumbraban.

Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón que visualizaba la necesidad de este cambio, de esta revolución burguesa, teniendo un escollo que era determinante, el de las luchas de las masas obreras, apoya la demanda de la huelga de la carne y otorga todos los reclamos a los trabajadores. Durante 80 años la clase obrera que a través de la lucha había acumulado conquistas y conseguido leyes que fueron cajoneadas, como las leyes sociales y laborales, esta burguesía nacional las pone en marcha. La mano de obra obrera era una condición sin eua non para las nuevas necesidades de la acumulación capitalista en Argentina que ahora ya no pasaban únicamente por la renta de la tierra. Si no se cedía no había avances posibles. La famosa frase emblemática de Perón: *“Más vale perder una oreja y no perder la cabeza”* era la explicación central de porqué había que otorgar los reclamos de la clase obrera.

El Capitalismo de Estado en Argentina estaba en marcha. A Perón lo encarcelan, y el “17 de Octubre” que ya había nacido adquiere un nuevo marco institucional, y con ello los sindicatos. Una nueva etapa política de la lucha de clases en Argentina se abría.

## **LA CLASE OBRERA ARGENTINA: UNA BÚSQUEDA CONSTANTE PARA SU EMANCIPACIÓN (Segunda parte)**

*(Publicado por primera vez en la revista La Comuna, en Abril 2012)*

La inversión de capitales, esencialmente ingleses, en Argentina comienza ya hacia finales del Siglo XIX, con inversiones directas en ferrocarriles y frigoríficos principalmente. Es a partir de 1920 que esta situación se revierte y va a ser la penetración de los capitales industriales estadounidenses, aunque incipiente, en las ramas de la alimentación, textil, metalúrgica, maquinarias y productos farmacéuticos. Pero recién en el período 1935-1946 se va a dar un proceso de industrialización fenomenal, que no se detiene. Los establecimientos industriales crecieron a más del doble. El componente de trabajadores extranjeros comienza a ser superado ampliamente por la migración de mano de obra del interior del país; se pasa de 435.816 trabajadores industriales a 1.056.000.

Durante este período se imponían condiciones de trabajo plenas de súper explotación, hambre y miseria, con el condimento de la década infame, donde ningún tipo de “ley” protegía a los trabajadores, pero con un creciente avance de la clase obrera en disposición al enfrentamiento que llevó a quebrar, con las huelgas y movilización, la correlación de fuerzas a un grado tal que la burguesía, que tenía grandes negocios en el horizonte, se vio empujada a implementar el capitalismo de Estado. En pocas palabras, se encontraba acorralada por la presión de la lucha de clases, en el marco de un contexto internacional que el peligro cierto y real de que el rumbo tomara un cariz revolucionario. La situación de auge de las masas proletarias era total. Las sospechas de que ese riesgo, que la burguesía intuía, eran realmente fundadas. La batalla contra la idea del comunismo era un problema estratégico en el contexto mundial. Simultáneamente en Argentina el desarrollo industrial por las demandas, tanto en el mercado interno como externo, eran inmejorables. La burguesía estaba apretada por la ofensiva, no ya de los sindicatos establecidos, que solamente tenían un 20% de afiliados, sino por millones de obreros que se lanzaron a verdaderas batallas de carácter insurreccional, respondiendo a sus organizaciones de base. La única salida posible era una política que les diera el margen que la burguesía necesitaba para avanzar en el crecimiento industrial, tenían que ceder o ceder.

Pero para que exista una salida revolucionaria no alcanza con la disposición a la lucha y la toma de conciencia clasista de las masas. Hace falta un proyecto revolucionario que oriente, dirija y organice dicha revolución. Eso no estaba. Pero independientemente de ello, la ofensiva de masas fue tal que las reformas y conquistas fueron inmensas.

Ya con Perón en el gobierno, un sinnúmero de conquistas se materializaron, tanto en las condiciones laborales como en la legislación laboral y social. Desde 1946 al '55, los sindicatos aumentaron considerablemente en la organización e institucionalización, y el peso social de la clase obrera pasaba a ser a amplia escala, adquiriendo el papel protagónico de toda la sociedad. Estaba acompañado de un sistema global de negociaciones colectivas. Los convenios firmados en la industria en el período 1946-48 regulaban la escala de salarios y las especificaciones laborales, e incluían, además, un conjunto de medidas que contemplaban la licencia paga por enfermedad, por maternidad y vacaciones pagas.

La burguesía no durmió ante esa situación: planteó el discurso de armonizar los intereses del capital y el trabajo, dentro de una estructura de un Estado “benévolo”, en nombre del desarrollo de la Nación y su desarrollo económico. Dijo en un discurso el Gral. Perón el 1º

de mayo de 1944: *“Buscamos suprimir la lucha de clases suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patrones al amparo de la justicia que emana del Estado”*.

Se creó una estructura centralizada (CGT) donde quedaba bien establecido el papel del Estado en la supervisión y articulación de esa estructura. El Ministerio de Trabajo era la autoridad estatal que otorgaba o no el reconocimiento a un sindicato para facultarlo para negociar con los patrones. La Ley de Asociaciones Profesionales estipulaba el derecho del Estado a supervisar vastas áreas de la actividad sindical, al tiempo que a los sindicatos, el Estado, les facilitaban muchos beneficios, como por ejemplo, protección de los funcionarios sindicales contra adopción de medidas punitivas que lo afectaran, estructura sindical centralizada y unificada, deducción automática de los sueldo y salarios de las cuotas sindicales y aplicación de estos a planes de bienestar social (la famosas obras sociales que permitirían la acumulación de grandes recursos que más tarde disputarían sus dirigentes burocratizados).

El punto central y esencial no pasaba por el logro que había tenido la burguesía en colocar bajo su ala la súper estructura sindical: el mayor impacto de la ofensiva de la clase obrera se dio en las fábricas y talleres donde las organizaciones de base, delegados, comisiones internas y las masas en general, habían ganado un terreno de poder determinante. Ahí la burguesía no pudo disciplinar a la clase obrera.

Las famosas frases de Perón como “humanizar el trabajo”, “la dignidad de los trabajadores”, “la responsabilidad social del empleador” fueron tomadas con toda la fuerza por la clase obrera, lo cual terminó constituyéndose en un gol en contra y en la principal preocupación de la burguesía, pues esto chocaba irremediablemente con el tema del posterior desarrollo del capitalismo en Argentina y mayor productividad.

En términos económicos se estimaba que aumentar la productividad del trabajo era vital para alcanzar la acumulación de capital necesario con el fin de que la Argentina avanzara hacia una nueva etapa de crecimiento económico basada en la producción de maquinaria pesada y bienes de consumo duraderos, fase planificada en el segundo plan quinquenal de Perón; y esperaban a que “al menos” en el corto plazo la mayor productividad del trabajo se debía originar en un aumento de la producción del obrero a partir de la maquinaria existente.

Para poder avanzar, la burguesía intentó atacar en tres planos: revisar los planes de incentivos laborales estableciendo nuevas tasas de bonificaciones, tratando de disminuir los tiempos de ejecución del trabajo, los incentivos de pago por resultado-trabajo; eliminar los contratos que regulaban las condiciones de trabajo y que limitaban los derechos de las empresas en lo relativo a movilidad de la mano de obra y especificaciones de las tareas; y garantías de beneficios sociales.

Las cláusulas llevadas a cabo en el primer año del gobierno de Perón, como las comisiones internas y delegados que no podían ser despedidos ni durante el mandato ni luego de éste, se constituían en una traba. En las fábricas y talleres el poder de las masas obreras era total. Decía Gelbard en un discurso en el Congreso de la Productividad: *“Asumen en muchas empresas las comisiones internas sindicales que alteran el concepto de que es misión del obrero dar un día de trabajo honesto por una paga justa. Tampoco es aceptable por ningún motivo que el delegado obrero toque el silbato en una fábrica y la paralice...Es urgente restablecer la sana disciplina en las industrias que son hoy algo así como un ejército en el cual mandan los soldados y no sus jefes”*.

Pero la burguesía se encontró con un frontón pues se le hacía imposible revertir la situación en las fábricas a la hora de poner en práctica su plan, lo que determinó que los patrones

solicitaran a las cúpulas sindicales y al Estado una intervención e intromisión activa contra tal situación en las fábricas en 1955.

Las luchas de la clase obrera se vieron manifestadas de diversas maneras en ese período. Se opusieron de hecho al intento de ofensiva de la burguesía, con oposición a la carga de aumento de trabajo, a la disminución del tiempo de ejecución de las tareas, a la aceleración del trabajo en línea, y a las medidas disciplinarias contra los delegados gremiales. Incluso los planes de incentivación, basados en los pagos por resultados que significaban más plata para el obrero, resultaban inaceptables.

Ni los empresarios, ni los gremios, ni Perón, pudieron revertir y frenar esto. El golpe militar de la Libertadora estaba en marcha, y apuntaba al corazón de la clase obrera. Nuevas necesidades del capitalismo se veían atormentadas por la lucha de clases.

Todos los beneficios conseguidos en los contratos en el período de 1943-1948 eran considerados una conquista decisiva por la clase obrera. El haber logrado ganar un mejor salario habiendo reducido grandemente las presiones inhumanas dentro del proceso de producción era un derecho adquirido que sólo podía ser mejorado pero de ninguna manera pisoteado. Toda esta etapa había sido precedida de un contundente movimiento de lucha de la clase obrera, nadie les había regalado nada.

Con el golpe militar de la Libertadora el objetivo de la gran burguesía es claro: como medida central, desmembrar las organizaciones de base en las fábricas. Las cúpulas sindicales peronistas jugaron un papel de conciliación y sólo trataron de defender su lugar. Pero en las sedes gremiales en los barrios la burguesía puso a funcionar los comandos civiles, compuestos por socialistas y radicales con el aval de los mandos militares y policiales por región. Eran verdaderos grupos de choque, armados e impunes que tomaban las sedes gremiales y golpeaban a los trabajadores.

En Rosario, por ejemplo, la respuesta al golpe fue una insurrección armada que duró varios días, hasta que las fuerzas militares lograron el control.

En muchas fábricas despidieron o encarcelaron a todos los miembros de los cuerpos de delegados que fueron, en muchos casos, reincorporados por la tenaz lucha de los trabajadores. El movimiento justicialista, extrañamente se había disuelto, y con Perón en el exilio, la clase obrera daba batalla en lo que luego va a ser conocido como la “resistencia peronista”.

Simultáneamente intervinieron la CGT y designaron supervisores militares. Esta medida la llevaron a cabo sin grandes problemas. Pero el problema más complejo fue el de la organización en las fábricas: el Ministerio de Trabajo declaró disuelta y carente de autoridad a todas las comisiones internas de los sitios de trabajo, y pasó a designar delegados nombrados por el Ministerio de Trabajo que debían tener antigüedad y no ser peronistas. Esto fracasó al igual que otras improvisaciones. El objetivo era inequívoco: aumentar la productividad a cualquier costo. El acuerdo concertado entre el gobierno y las empresas giraba en torno a la productividad y la racionalización del trabajo, acompañado de frenar los salarios y reestructurar los convenios colectivos.

El golpe de la Libertadora no fue producto de la inquietud y voluntad de la oligarquía terrateniente contra una burguesía industrialista. Nada más falaz y alejado de la verdad. El golpe militar fue un contubernio de la burguesía argentina para golpear fundamentalmente al proletariado que con sus luchas y conquistas llevadas a cabo por más de 50 años, le significaba al capitalismo argentino una traba para avanzar en las ganancias.

Pero a pesar de la represión, persecución, encarcelamientos y despidos, sumado a las traiciones de los popes sindicales, la resistencia en las fábricas se organizó: desde el

sabotaje a las máquinas y la producción hasta las organizaciones nuevas y de base coordinando los comités inter fabriles. Ejemplo emblemático de ello es la huelga metalúrgica que estalla en 1956. Es el principio del fin porque será una huelga que golpeará seriamente al gobierno de Aramburu. Los metalúrgicos se lanzaron con dureza: 6 semanas de huelga. De aumento salarial al inicio, se tornó a la liberación de los trabajadores detenidos y la reincorporación de millares de despedidos. La huelga fue dirigida por un comité de militantes de base conformado por 29 miembros de diferentes empresas que constituyeron una estructura organizativa que manejaron el movimiento por medio de frecuentes reuniones entre delegados y obreros de base, además de crear innumerables comisiones en el pueblo para movilizar el apoyo de la comunidad.

La huelga no triunfó en los reclamos puntuales, pero los trabajadores lo interpretaron como un triunfo político en sus escritos, mostrando con un gran orgullo que fue una gran lucha y un emblema del enfrentamiento de la clase obrera contra el Estado, a pesar de la clandestinidad que tuvieron que soportar los dirigentes de base. Más tarde fueron reincorporados todos los despedidos.

Luego estallaron huelgas en la construcción, el calzado, gráficos, textiles, de la carne y de la construcción naval, corriendo en muchas de estas huelgas la misma suerte que los metalúrgicos, pero el odio de clase y el orgullo por las luchas, perduraron.

Estas vanguardias desplazaron u ocuparon el lugar de viejos sindicalistas que tuvieron una actitud claudicante ante el golpe militar. Habían nacido al calor de la resistencia y huelgas bravas, como las mencionadas, tenían una relación estrecha con las masas lo que las hacía llevar adelante prácticas más democráticas. Ganaron mucho terreno y Aramburu se vio obligado a retroceder en sus posiciones represivas.

Se constituyó una intersindical que adquirió poder, generada y conformada por producto de las luchas de la resistencia. Con la aparición de la intersindical asomaba la cara visible del Partido Justicialista proscripto hasta el momento, y que luego constituirían las 62 Organizaciones que llevarían a Frondizi a la presidencia.

La Libertadora había caído. En términos tan sólo estadísticos las huelgas del '56 y del '57 no habían tenido precedentes en la historia de lucha de la clase obrera argentina.

La asunción de Frondizi fue bautizada a los 8 meses con una huelga petrolera en Mendoza que se oponía a la firma de los contratos petroleros con empresas extranjeras. Las cúpulas sindicales peronistas se opusieron a la huelga y la boicotearon, y así Frondizi la declaró ilegal, declaró el estado de sitio, mandó las tropas a los yacimientos y detuvo a los dirigentes. Pero el golpe había sido letal: las 62 Organizaciones en una caliente sesión plenaria, los delegados obligaron a un timorato y burócrata comité coordinador a denunciar los contratos petroleros y convocar a una huelga general para el 20 y 21 de noviembre del '58, y se le prohibió a la dirección de las 62 Organizaciones entablar iniciativas de negociación.

Estos se sentaron igual a negociar y llegaron a un acuerdo: la medida se levantó y el sindicalismo justicialista se entregaba de pies y manos a las llamadas políticas integracionistas de Frondizi. Era, nada más y nada menos, como diría William Cook *"mucho palo y represión a las masas y mucho dinero para los sindicalistas"*. Tomaba cuerpo institucional y práctica constante la famosa burocracia sindical, corrupta y putrefacta hasta nuestros días.

El desembarco de grandes empresas monopólicas, sobre todo la industria automotriz, llegaba de la mano del famoso desarrollismo, y con ello la peor de las corrupciones sindicales.

Pero las masas y la lucha de clases seguían dando la nota, nada se podía controlar y grandes luchas siguieron a la huelga petrolera. La famosa toma del Frigorífico Lisandro de La Torre, que desembocó en la pueblada de Mataderos y en un paro nacional, la huelga de los ferroviarios, y otras, se pronunciaban contundentemente con los resplandores de los fogonazos de los disparos en Sierra Maestra y el triunfo de la Revolución Cubana.

Las posiciones de las vanguardias, hijos de esas luchas obreras, se radicalizaban; ideas nuevas comenzaban a aparecer en los jóvenes obreros e intelectuales que, con nuevos ímpetus y al calor de tremendas experiencias históricas, se aprestaban a dar una vuelta de tuerca a esta historia. Las luchas que desembocarían en el Cordobazo estaban germinando y con ello la aparición de la política revolucionaria que se planteaba por primera vez en la historia argentina la lucha por el poder político de parte del proletariado.

## LA CLASE OBRERA ARGENTINA: UNA BÚSQUEDA CONSTANTE PARA SU EMANCIPACIÓN (Tercera Parte)

*(Publicado por primera vez en la revista La Comuna, en Junio 2012)*

La etapa que se abrirá con la política del frondicismo de integracionismo, va a ser, sin duda alguna, el inicio de la construcción de las mafias sindicales con verdadero poder económico que hoy conocemos, y explican el carácter gerencial y empresarial de los sindicatos en Argentina.

Tras el conflicto del Frigorífico Lisandro de la Torre, las direcciones de los sindicatos estaban totalmente rendidas a las propuestas de la burguesía. Se presentaba un tramo de recesión por el advenimiento de una nueva reconversión industrial, y con ello una nueva ofensiva de la burguesía.

Una adecuada manufactura de bienes de capital y la producción de bienes de consumo, suponía la implementación efectiva de racionalización del trabajo que permitiera el uso eficaz de gran parte de la maquinaria importada y la intensificación de la producción de las plantas existentes; dentro de lo cual tenían como objetivo el control efectivo del poder de las comisiones internas. Para la burguesía, las relaciones laborales eran de “una anarquía total, extralimitaciones y abusos de todo orden por parte de los obreros”. El objetivo, por lo tanto, era claro: recuperar a manos de los empresarios el control de las fábricas.

Como parte de la ofensiva burguesa, y como medida ejemplificadora, las empresas ALPARGATRAS y SUDAMTEX, en la huelga textil de 1960, suspendieron y despidieron en masa a los trabajadores. Estos ocuparon las plantas y fueron desalojados por la represión iniciando, las empresas, una toma selectiva de personal. Si bien el convenio sobre la base de la racionalización no había sido firmado por el gremio textil, las empresas la aplicaron como les vino en gana.

Se realizaron estudios de movimiento tiempo-efectivo por los “técnicos en racionalización”. Así lo expresaba y denunciaba el Boletín Fabril “El alpargatero”: *“Los patrones sostienen que cuando se hace una modificación que disminuye la tarea del obrero es necesario aumentar la tarea para mantener su ritmo de trabajo a un nivel constante. Es lo que está pasando en Alpargatas en cualquier sección en donde instalan nuevas máquinas. Tomamos un ejemplo: en la Sección A5 este año han instalado nuevas máquinas que no necesitan el tremendo esfuerzo físico exigido por las viejas máquinas; el trabajo es mucho menos pesado, pero la patronal en vez de 75, 91 o 98 docenas de pares que se hacían con las viejas máquinas, ahora exige un promedio de 316 docenas. Así que no hay disminución de esfuerzo físico, más bien hay un mayor agotamiento”*.

Pero el aumento de la productividad no se limitaba sólo a la racionalización y la transformación de la maquinaria. Esto fue acompañado de la implementación de diversos esquemas “de relaciones humanas”: represión de la empresa y la represión del sindicato. Y aquí cabe extenderse.

La base estructural del poder institucional de los sindicatos se encuentra en la Ley 14.455 o Ley de Asociaciones Profesionales aprobada por Frondizi. La Ley restablecía el sistema creado por Perón.

Los sindicatos de los metalúrgicos, los ferroviarios, los textiles y los de la construcción, tenían por igual, estructuras altamente centralizadas que concentraban el poder en una dirección central elegida en el plano nacional; el control ejercido por la dirección central sobre las actividades de las ramas y secciones era, en términos formales, total. Por ejemplo,

en la Asociación Obrera Textil, la dirección central estaba facultada por el artículo 53 de los Estatutos a intervenir cualquier sección que incurriera en actos de “indisciplina” o cometiera “irregularidades”. Por añadidura, las comisiones internas que dirigían esas secciones, tal como lo recordaba el artículo 55, actuaban sólo como representantes directos de la dirección centralizada y no de las masas.

El artículo 60, por ejemplo, estipulaba que en ningún caso los sindicatos locales podrán plantear por sí mismos, en el orden local, problemas de carácter general ni tomar posición sobre tales situaciones que pudiesen comprometer la opinión de la dirección centralizada.

En su mayoría los sindicatos tenían estatutos vagos y flexibles que le posibilitaba a las direcciones centralizadas de acusar de transgredir las normas por cualquier cosa. Por ejemplo, abundaban las cláusulas que prohibían la “provocación al desorden”, “inconducta notoria”, o “comportamiento incorrecto”. El Consejo Directivo de un sindicato estaba facultado para juzgar las infracciones a esas cláusulas. El artículo 9 de los metalúrgicos facultaba al consejo directivo a expulsar a un afiliado por decisión propia sin que fuera necesario someterlo a juicio de una asamblea.

También existían las federaciones, que eran gremios de rangos menores, de carácter provincial o local, pero que en esta etapa no tenían gran relevancia; pero el sistema era exactamente el mismo. Más adelante esto va a ser diferente.

Este tipo de estructuras estaban asentadas sobre el poder financiero de la dirigencia gremial que provenía de varias fuentes, desde el aporte básico al gremio y la cuota asistencial pagada por los afiliados y los aportes patronales a las obras sociales, y finalmente estaban las cuotas extraordinarias que consistían en aquel porcentaje de cada nuevo aumento salarial donde cada sindicato estaba facultado a retener en el primer mes siguiente a la firma de un nuevo convenio. Esta retención se aplicaba tanto a los afiliados como a los no afiliados al sindicato. A esto habría que sumarle el nuevo gran negocio de inversiones que harían los sindicatos con la creación de hoteles para turismo de los afiliados, campings, piletas, etc. Todas estas formas de recaudación les terminaron otorgando un tremendo poder financiero a las direcciones de los gremios. Las cuotas eran retenidas por los empleadores y depositadas en las cuentas bancarias de los sindicatos.

El manejo de estas cifras les permitió organizar y sostener los grupos de choque mafiosos (el verdadero origen de las barras bravas) y la captación y corrupción hacia las comisiones internas. Por eso, la represión a los trabajadores venía, ya en esos años, por la empresa y el sindicato.

Estas políticas de disciplinamiento y control de la clase obrera pasaban a constituirse en una condición sin eua non para la génesis del Capitalismo Monopolista de Estado que demandaba esta fase del desarrollo capitalista en Argentina.

No les iba a resultar fácil, pero las necesidades imperialistas de instalarse en Argentina preanunciaron un nuevo período y nuevas necesidades. Los planes eran claros: la instalación de capitales extranjeros, reduciendo subsidios estatales de todo tipo, anulando los aranceles proteccionistas, y esencialmente lo antes mencionado, disciplinar a la clase obrera para aumentar la productividad, y por lo tanto las ganancias.

El capital extranjero, en especial el estadounidense, irrumpió con toda la fuerza en el sector manufacturero. Las mayores inversiones se dieron particularmente en la industria del automóvil y material de transporte. Sólo en la industria automotriz la producción treparía de un total de 13.900 vehículos fabricados en 4 años desde el período 1951 a 1955, a una producción anual de 136.200 vehículos ya en 1961.

La abrupta incorporación de Argentina a la era de las multinacionales monopólicas se ponía en franca contradicción con el Capitalismo de Estado; era imperioso dejarlo atrás. La devaluación del peso, los grandes cortes en el gasto público, incluyendo la eliminación de todos los controles de precios y subsidios, y el abandono de lineamientos salariales rígidos, apuntaron a planchar los salarios. “Estimular las inversiones extranjeras” apuntando a una vigorosa industria siderúrgica, el crecimiento de la industria autopartista, pero esencialmente darle vía libre a una producción petrolera en manos de empresas extranjeras. Cabe aclarar aquí que el caballo de batalla fundamental de Frondizi en la campaña electoral dentro de su propuesta, el desarrollismo, era construir una poderosa explotación petrolera nacional que nos catapultaría hacia una nación desarrollada; y hasta llegó a escribir un libro explicando ese proyecto. Cuando gana las elecciones mandó a retirar todos los libros de las librerías y les entregó el petróleo a las empresas extranjeras.

Pero estas medidas no iban a ser gratis. Nuevas ideas ya surcaban fuerte tanto en el terreno ideológico como en el político; la crisis por los préstamos extranjeros termina obligando a Frondizi a renunciar.

En 1966 cuando Onganía da el golpe militar que derroca a Illia, recibe el apoyo de la CGT y las 62 Organizaciones, planteándose este período como la intentona más seria de llevar adelante transformaciones para avanzar hacia la adecuación del Estado al servicio de los monopolios pujantes en ese momento.

El período del '62 al '66 se va a destacar porque el papel de los sindicatos como instituciones nacionales se va a alinear decididamente como herramientas al servicio de la burguesía.

A pesar de ello, o por ello, por abajo estaba toda la situación convulsionada con una resistencia colmada de sabotajes y una clase obrera que no estaba dispuesta a regalar el período de 1940 a 1958, donde el auge fue ininterrumpido y el logro de conquistas y correlación de fuerzas había emparejado la balanza a su favor.

Ni el golpe del '55 había podido detener esto. Y más allá de esos años de la reconversión industrial, donde se produjo un pequeño repliegue, las masas se predisponían a dar nuevas y enérgicas batallas.

La influencia de la Revolución Cubana no fue un hecho menor. Por el contrario, va a poner sobre el tapete, incluso en muchísimos sectores peronistas de la clase obrera, verdaderas aspiraciones revolucionarias. El deliberado y abierto apoyo de la CGT al Golpe de Onganía llevó a que muchos cuadros rompieran con la CGT y conformaran la CGT de los Argentinos encabezada por Ongaro, dirigente gráfico de claras aspiraciones de rechazo a la corrupción sindical y a la connivencia patronal, con una defensa hacia los intereses de los trabajadores.

Pero esto era tan sólo el reflejo de lo que se estaba gestando por abajo. El tremendo crecimiento de la industria automotriz, siderurgias y petroleras, donde en muchos casos los sindicatos eran por fábrica, iban a ser contagiados por las constantes luchas e ideas revolucionarias que surcaban la lucha de clases. La Huelga de los Cañeros en Tucumán, con respuesta de violencia armada por parte de la dictadura y con experiencias del mismo tenor por parte del proletariado azucarero, y la aparición de un sindicalismo clasista que le iba a dar por abajo un carácter netamente antiburocrático a la lucha; sumado a esto, la aparición de un estudiantado universitario con inquietudes y aspiraciones revolucionarias, terminó generando en el país (con un gobierno de facto) una situación sumamente explosiva y con un nuevo factor que sería decisivo en los años venideros: la necesidad de una revolución.

¿Qué era el clasismo? ¿En qué se veía expresado y por qué? El clasismo va a aparecer distintivo porque va a ser la contracara de Perón, pues va a partir de la concepción irreconciliable entre el capital y el trabajo, y por ende aparecían ya las primeras aspiraciones de romper con el Estado burgués.

Cabe aclarar que en el gobierno de Illia, éste saca un decreto, el 669 (con la idea de quitarle poder a las 62 Organizaciones) que desautorizaba los sindicatos centralizados y por ramas, lo que permitiría constituir sindicatos por fábrica.

En el gobierno de Onganía esa puerta la abrieron los trabajadores, y comenzaron a negociar sus convenios por fábrica, lo que afianzaba la organización de masas. El clasismo llevará las decisiones a las asambleas y siendo la democracia directa la que le dará la impronta de masas. Las masas confiaban en esos dirigentes, por honestidad y combatividad. Pero no fue una etapa fácil. Hubo que quebrar una situación que llevó su tiempo, con encarcelamientos y despidos, pero el estallido era inminente. Los nuevos dirigentes obreros hablaban de antiimperialismo, anticapitalismo y revolución. La aparición de nuestro partido, aunque incipiente en ese momento, va a ser determinante porque va a colocar en la escena de la lucha de clases y de la clase obrera la construcción del poder y la lucha por el poder político por el socialismo.

Las nuevas ideas revolucionarias, la resistencia peronista, y el embrujo de una revolución triunfante como la cubana, llevaban a confluir a un mundo de nuevas ideas que chocaban frontal y antagónicamente con las pretensiones de la burguesía, sus planes y la dictadura.

Es importante aclarar que las condiciones de súper explotación y los ritmos de trabajo en las grandes y nuevas industrias, eran agobiantes. Se vivían condiciones asfixiantes de producción, y era ésta una causa más de malestar y bronca que colocó a los trabajadores en un estado de ánimo de ya no estar más dispuestos a tolerar esa situación.

La aparición de hombres como Agustín Tosco y René Salamanca en Córdoba, Santillán y Leandro Fote en Tucumán, o Sabino Navarro en los Ferrocarriles del tren Sarmiento, se reproduciría en miles de fábricas y ciudades, no con la notoriedad nacional que habían adquirido esos hombres, pero sí con la conducta revolucionaria y el respeto de sus compañeros por dicha conducta que sintetizaba la hora que se vendría.

El Cordobazo, el Rosariazo, el Mendozazo, el Tucumanazo, fueron todas insurrecciones cuyo protagonista y caudillo central sería el proletariado. La caída de Onganía hizo ruido. El Capitalismo Monopolista de Estado no pudo avanzar en sus logros. La ofensiva de masas ya estaba desatada y no le quedó otra a la burguesía que preparar la vuelta de Perón.

La situación para el capitalismo en Argentina era mucho más grave que en el '40. Esta vez no sólo había surgido la necesidad de una revolución de carácter proletario, sino que ya estaba en marcha. El clasismo y las masas obreras comenzaban a imponerse en las fábricas en unidad con el resto de la población. Los conflictos comenzaban a denominarse “paros activos”, con tomas de plantas y movilizaciones junto al resto de la población; y la unidad de la clase obrera se comenzaba a expresar, en lo concreto, por fuera de la institucionalidad burguesa que eran los sindicatos nacionales en manos de la burocracia. Así se dieron las coordinadoras de gremios y fábricas de base, y los comités de lucha; e incluso se llegaron a recuperar sindicatos a niveles regionales o locales, como el caso más destacado, el de Córdoba.

Un elemento fundamental que va a aparecer fue la ruptura de la lucha economicista, comenzando a predominar la lucha política en una vanguardia dispuesta a darlo todo, como así lo demostró la historia.

En esta nota se nos hace imposible detenernos en miles de extraordinarios hechos, como desarrollar lo que fue el Cordobazo, la experiencia de SITRAC-SITRAM, el Vivorazo, y más adelante el Villazo o el Rodrigazo; o huelgas conmovedoras como la de El Chocón; o la experiencia en los ingenios en Tucumán, corazón de la caña de azúcar, donde naciera nuestro Partido a sangre y fuego, con huelgas bravas reprimidas a plomo, que grabarán hasta el fondo nuestro compromiso, de transmitirle a esta nueva generación proletaria que vamos a concluir el camino iniciado en aquellas gestas.